







Gijón 2085



Rubén González Tuero

Gijón 2085



menos**cuarto**

Un jurado formado por Angélica Tanarro, Gustavo Martín Garzo, Espido Freire, Noemí Sabugal y José Ángel Zapatero adjudicó a *Gijón 2085*, escrito por Rubén González Tuero, el 72 Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, organizado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Ayuntamiento de Valladolid.

© Rubén González Tuero
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-37-3
Dep. Legal: P-81/2025

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: Alex Shuper | unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain — Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
Cardenal Almaraz, 4-1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*Para Pilar, Claudia y Alicia.
Me leen, me apoyan, me soportan
y me quieren. ¿Qué más se puede pedir?*

Ramón Vasques no había vomitado jamás. Nunca había experimentado las penosas consecuencias que acarrea una borrachera, ya que consideraba repulsivo el consumo de drogas, incluyendo al alcohol en la categoría, y su impecable historial de salud no registraba ningún trastorno digestivo, así que desconocía esa odiosa sensación que se sufre al perder el control del propio estómago. Entre las incontables situaciones en que no se había visto nunca estaban también el ser interrogado por la policía y que su imagen apareciera en los noticieros de la red. Aquella noche, Ramón conoció personalmente todas estas experiencias por primera vez en su vida. Y habría preferido no pasar por ninguna de ellas.

La jornada de trabajo comenzó con la rutina habitual. Como venía haciendo cada noche desde su casi olvidado primer turno como vigilante en ELEC, antes de entrar en el edificio del centro de control Ramón subió a la Barrera, apoyó los codos en el parapeto y estudió con atención, casi con cariño, el cielo y la superficie del mar. Parecía que se avecinaba un nuevo cambio en el tiempo. El viento del nordeste había soplado con cierta intensidad durante el día, limpiando el cielo de nubes y refrescando

un poco el ambiente, demasiado caluroso para estar aún a mediados de la primavera, pero había cesado repentinamente al atardecer, justo antes de la pleamar. Ahora, en pleno descenso de la marea, el vaivén del oleaje se había calmado casi por completo, como si el mar hubiera decidido tomarse un respiro, cansado de su ajetreo interminable, y hubiera desconectado la fuente de energía que nutría su movimiento, de modo que reinaba un silencio inhabitual que permitía a Ramón distinguir lejanos retazos de música procedentes del otro extremo de la bahía, mezclados con el omnipresente zumbido de las turbinas. El reflejo de la luna llena se veía extrañamente quieto en la lisa superficie del agua, un limpio brochazo plateado destacando sobre un uniforme fondo negro, sin la habitual distorsión causada por las olas y el viento. La doble línea de luz anaranjada que dibujaba la forma cóncava de la Barrera también se reflejaba sobre el agua más nítida de lo habitual, haciendo dudar al observador qué líneas correspondían a la luz original y cuáles al reflejo. Buena noche para tomar esas imágenes promocionales de la ciudad que tanto gustaban a la alcaldesa, no tan buena para la tranquilidad de Ramón.

—Calma en el mar, baile en la Barrera —murmuró entre dientes.

Esa era una de las frases hechas que había aprendido de los veteranos del departamento durante su época de novato, y la experiencia se había encargado de confirmar su veracidad año tras año. El clima estaba loco, ya se sabía, ese era el comentario más repetido en todas las conversa-

ciones triviales, pero las descontroladas fluctuaciones del viento y de la temperatura, con fugaces episodios de calor asfixiante y frío gélido alternándose sin lógica aparente, no solían afectar al funcionamiento de la Barrera. Lo habitual era que las olas, indiferentes a las circunstancias meteorológicas, hicieran su monótono trabajo batiendo con mayor o menor fuerza contra las turbinas y el aire salino silbara alegre en las toberas, levantando altos penachos de agua pulverizada. En esas condiciones, las corrientes y la resaca se encargaban de llevarse mar adentro, o al menos lejos de la Barrera, hacia el este, los residuos sólidos que podían bloquear un TCL. Por el contrario, cuando se producía uno de estos raros episodios de calma chicha, las algas muertas y la inevitable basura marina que traía la corriente de fondo se iban acumulando poco a poco en las rejillas, reduciendo gradualmente el caudal del agua entrante hasta llegar a cegarlas casi por completo, y una de las obligaciones del personal de Seguridad y Mantenimiento, al que pertenecía Ramón, era deshacerse de todos esos desperdicios y despejar de obstáculos las tomas de agua para mantener las turbinas en perfecto estado operativo.

Con un bufido resignado, comprobó de nuevo que había apagado su terminal —un pequeño modelo antiguo, de pantalla rígida, que llevaba en un bolsillo lateral de su mochila— antes de cruzar el umbral, en cuya sección iluminada destacaban, parpadeando con un brillo azulado, las palabras «ELEC – Seguridad y Mantenimiento – Acceso restringido». Dentro, tanto en el centro de seguridad

como abajo, en todo el complejo de la Planta, el uso de dispositivos electrónicos estaba estrictamente prohibido, al menos para los empleados de nivel E como él.

En los turnos de mañana y tarde, los protocolos de seguridad establecían que hubiera siempre al menos dos vigilantes en el centro de control, pero en el de noche solo era necesario uno. Esta era la razón por la que Ramón lo prefería y lo elegía voluntariamente, dejando de buena gana que los demás compañeros se alternaran en los otros dos. En las raras ocasiones en que, por alguna circunstancia excepcional, había tenido que doblar turno y hacer guardia durante el día, se había visto obligado a compartir el reducido espacio del centro de control con otros trabajadores del mismo nivel que, nerviosos por no poder conectarse a la red, pasaban la mayor parte del tiempo parlotando sobre estupideces como insoportables niños aburridos.

La noche era otro mundo, el suyo, el reino del silencio y de los hermosos libros impresos en papel que a veces conseguía tomar prestados en la pequeña biblioteca de su distrito. Y cuando no había ningún libro a mano, siempre estaban ahí los antiguos pasatiempos analógicos: crucigramas, problemas matemáticos, de ajedrez... una lista interminable de pequeños placeres que llenaban de satisfacciones el tiempo entre ronda y ronda, que convertían un trabajo monótono y mal pagado en la mejor ocupación posible para un solitario asocial como Ramón.

Solo necesitó unos minutos y unas pocas palabras de rutina para despachar el protocolo del relevo con los cre-

tinios del turno de tarde: todos los indicadores en verde, todas las turbinas operativas, aunque con casi nula producción de energía por la inmovilidad del mar, todas las cámaras de seguridad en funcionamiento, ninguna incidencia salvo dos rejas atascadas por las algas y ya limpias, baterías del *tri* al 90 % y recargándose...

Por fin, las puertas se cerraron tras ellos y Ramón dejó de oír su interminable cháchara sobre los méritos y posibilidades de los distintos equipos de fútbol en la Liga Federal. Con un suspiro de alivio, se dejó caer en su silla habitual ante el enorme monitor cuadriculado que cubría por completo la pared principal del centro de seguridad. Abrió la pequeña mochila y colocó su contenido ordenadamente sobre la mesa, como hacía cada noche: un termo con sucedáneo de café ajustado a sesenta grados exactos, otro con agua a diez grados y un *frigo* con el tentempié del medio turno. Los empleados de nivel E, el más bajo de la empresa, no tenían permitido el acceso a los dispensadores de la sala de descanso, así que se veían obligados a llevar sus propias provisiones al trabajo. Por último, sacó con cuidado, casi con reverencia, lo más importante: el último libro llegado a la biblioteca local, una novela de intriga ambientada sesenta años atrás, en la época de las Grandes Pandemias, antes siquiera de que se construyera la Barrera, cuando las olas del Cantábrico, incluso las más agresivas de la pleamar, morían inofensivas contra el paseo del Muro. Por entonces, el paseo era realmente lo que indicaba su nombre, un gran muro de contención que mantenía la zona litoral a salvo de los caprichos del mar, y la bahía de

San Lorenzo abrazaba una hermosa playa de arena dorada, ahora perdida para siempre.

Ramón, aunque nunca había llegado a cursar estudios superiores, sentía una gran afición por la historia. Esa era una de las razones por las que no acababa de encajar en una sociedad para la que solo parecían existir el presente y el futuro inmediato. Aun así, su interés por el pasado se limitaba a la historia local más reciente, ya que en sus años de estudiante no había llegado a conocer prácticamente nada sobre las épocas anteriores, cuyo estudio se consideraba superfluo. Las autoridades educativas habían decidido tiempo atrás reducir drásticamente el estudio de la historia en la educación primaria y secundaria, de modo que los escuetos planes de estudios de esta asignatura se limitaban casi exclusivamente a hechos sucedidos en el siglo XXI y daban preferencia absoluta a los años posteriores a la Reconstitución, pasando de puntillas por todo lo ocurrido antes de proclamarse la Tercera República, cuando España aún no era un estado federal.

En su tiempo libre, la actividad favorita de Ramón consistía en buscar y coleccionar vídeos documentales y fotografías de la bahía en otros tiempos, cuando el nivel del mar era más bajo, antes de la construcción de la Barrera, antes incluso de que el Cantábrico conquistara temporalmente la parte baja de la ciudad. Cuando llegaba al centro de control, su imaginación dibujaba sobre la funcional estructura gris las paredes blancas del club náutico que había ocupado el lugar antes de que el mar embravecido lo redujera a escombros, y cuando dirigía la vista